

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 9:
BIENAVENTURADOS
LOS PACIFICADORES



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. Bienaventurados los que lloran
5. Bienaventurados los mansos
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
7. Bienaventurados los misericordiosos
8. Bienaventurados los de limpio corazón
- 9. Bienaventurados los pacificadores**
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

9 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS PACIFICADORES

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 9:

Queridos amigos, bienvenidos nuevamente a nuestro estudio de las bienaventuranzas tal como las encontramos en Mateo 5 versículos 3 al 12. Esta sesión está dedicada a la exposición de la séptima bienaventuranza: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios». Espero y oro para que, al final de nuestra serie, podamos compartir algo de lo que los oyentes originales del Sermón del Monte de Jesús experimentaron, pues leemos que ellos quedaron asombrados. ¿Cómo es que esto tuvo tal efecto en ellos? No fue solamente porque la enseñanza de Jesús fuera novedosa o nueva —aunque, en algunos aspectos, definitivamente también lo fue—, sino porque su enseñanza fue completamente opuesta a la forma en que estamos acostumbrados o entrenados a pensar.

Volvamos a situar estas bienaventuranzas donde Él las ha colocado. Nosotros envidiamos a los ricos, a los alegres, los asertivos, los satisfechos y a los exitosos. Pero los ojos de Jesús se posan favorablemente sobre un grupo de personas que nosotros, en una primera impresión, no apreciaríamos mucho: aquellos que tienen una disposición humilde por sentirse culpables como pecadores ante Dios. Él observa a aquellos que aspiran a ser devotos en un genuino amor hacia Dios y hacia sus semejantes, y que no tienen otra agenda más que servir a Dios. Los ojos de Señor están sobre aquellos que respetan su ley teniéndola como su delicia, aunque obedecerla les cueste; y para el Señor del cielo y de la tierra, estas personas no solo son bienaventuradas. No. Si miramos un poco después en el Sermón, notaremos lo que Jesús hace en los versículos 13 y 14: Él exalta a estas personas (las personas bienaventuradas) con dos afirmaciones muy significativas. Él dice: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo». Ambas afirmaciones son enfáticas: las palabras *la* sal y *la* luz. Así que, aunque ustedes tal vez no sean

muy estimados a los ojos del mundo, según la estima de Cristo, ustedes son las personas más valiosas de todas si viven y si son como el hombre, la mujer, la niña o el niño de las bienaventuranzas.

Esto nos lleva entonces a la descripción conclusiva del ciudadano del reino de Jesús. La séptima descripción es «pacificadores». Cuanto más cada cristiano viva este aspecto del nuevo nacimiento —pacificadores—, mayor será su comprensión del valor del cristianismo genuino. Es sumamente triste que esta bienaventuranza a menudo no se viva como debería. Así que, al explorar el significado de esta declaración de la bienaventuranza, permíteme señalar, en primer lugar, la *naturaleza de los pacificadores*, y en segundo lugar, la *dignidad de los pacificadores*, porque dice que «ellos serán llamados hijos de Dios».

1. La naturaleza del pacificador

Entonces, primero la naturaleza, la *naturaleza de los pacificadores*. Ahora bien, para comprender el significado de esta última característica que Jesús utiliza para describir al nuevo hombre, regresemos a Génesis 1. Cuando Dios creó al hombre, ¿cómo se veía? O mejor dicho, ¿a quién nos parecíamos? No físicamente, sino espiritualmente, mentalmente, emocionalmente. Reflejábamos la imagen de nuestro Creador, y llevábamos con nosotros el reflejo de los atributos de Él que somos capaces de reflejar. Génesis 1 versículo 27 dice así: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios [o en su semejanza] lo creó; varón y hembra los creó». Así que, para darle seguimiento a eso, mi segunda pregunta es: cuando Dios renueva a un pecador, ¿cómo se verá él o ella? La respuesta es similar. Será conformado de nuevo a la imagen en la que fuimos creados originalmente. Pablo escribe acerca de esto en Romanos capítulo 8 versículo 29. Él dice que su pueblo, a quienes conoció de antemano, a quienes predestinó, dice que serán «hechos conformes [transformados] a la imagen de su Hijo».

Ahora bien, al estudiar al hombre o la mujer de las bienaventuranzas, habrán notado que varias de ellas [las bienaventuranzas] son claros reflejos del Señor Jesucristo, de su gloria y de su Padre. Permítanme mencionar una vez más la mansedumbre —que fue una de las primeras bienaventuranzas—: Jesús es manso; luego la justicia: Jesús fue justo; misericordiosos: ¡cuán misericordioso!; ¡cuán puro en el corazón fue él!; y ahora, la semejanza final: los pacificadores. Por tanto es, indudablemente, muy intencional que Jesús agregue esta declaración final: «ellos serán llamados hijos de Dios».

La mayor gloria de Dios es que en la Escritura se le llama el Dios o el Señor de paz. La Escritura revela que desde toda la eternidad Él tuvo pensamientos de paz, y esta revelación de su carácter continúa brillando a lo largo de toda la Escritura y del transcurso del tiempo. Regresemos a Génesis 3, después de que Adán y Eva se rebelaron contra Dios. ¿Cómo se acercó Dios a Adán y Eva? ¿Con un puño? ¿O en un espíritu de paz? «¿Dónde estás tú?», Él se acercó como un pastor buscando a su oveja perdida. Isaías profetiza sobre el Mesías venidero, Jesús, y ¿cómo lo llama? *Príncipe de Paz*. Cuando escuchamos la historia del nacimiento de Jesús, leemos a los ángeles cantando sobre su nacimiento. ¿Qué cantan? Paz en la tierra. Cuando los embajadores de Dios son enviados a este mundo a predicar el evangelio, ¿cómo se les llama, y qué es lo que traen consigo? El evangelio de paz.

De hecho, si recorres el Nuevo Testamento, notarás que Dios se llama a si mismo siete veces el Dios de paz o el Señor de paz. Te daré dos ejemplos. Romanos 15 versículo 33: «Y el Dios de paz sea con todos vosotros». Hebreos 13 versículo 20 contiene una frase encantadora: «Y el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran Pastor de las ovejas...». Nota el énfasis: paz. Así que la conclusión es inevitable. Dios mismo es el pacificador por excelencia, y para hacer posible esta paz, estuvo dispuesto a sacrificar a su propio Hijo — como el Hijo de paz celestial— para restaurar la relación de paz y armonía. De modo que, aunque al principio pueda parecer contradictorio, sin embargo, es cierto que el hecho de hacer esta paz espiritual incluirá guerra. Eso no parece concordar, paz y guerra. En Romanos 16 versículo 20 encontramos esta combinación notable de paz y guerra en estas palabras —relacionándolo de nuevo con Génesis 3:15—: «Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies».

Esta revelación de la guerra de Dios contra Satanás y el pecado es también la revelación de la misión de la paz de Dios; y entender esto nos ayudará también a comprender la naturaleza de esta séptima bienaventuranza: los pacificadores. Un pacificador, quién es y cómo actúa, también incluye guerra, pero de otro tipo. Asimismo, esto nos ayudará a entender esa afirmación tan curiosa que Jesús parece hacer, y que parece contradecir esta bienaventuranza y el cántico en el nacimiento de Jesús. Jesús dice en Mateo 10 versículo 34: «No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada». Por qué esto es así y cómo sucederá, se volverá más claro cuando comprendamos la naturaleza de los pacificadores en la séptima y última bienaventuranza.

Entonces, ¿quién o qué es aquel hombre pacificador que Jesús declara bienaventurado? En primer lugar, amigos, Jesús no está hablando simplemente de personas que aman la paz. Hay una diferencia entre los amantes de la paz y los pacificadores. Los amantes de la paz son aquellos que prefieren la paz por encima de lo que es justo o de lo que es verdadero. Un amante de la paz minimizará, ignorará el pecado, lo barrerá debajo de la alfombra —por así decirlo— y todo por el bien de la paz; pero eso no es hacer la paz. Ese no es un pacificador según el corazón de Dios. Nota que Dios mismo es el pacificador supremo, pero Él nunca, nunca ignora, nunca trivializa, o tolera el pecado ni lo barre bajo la alfombra. Así mismo sus hijos. El hombre pacificador, que está lleno del amor y del celo por la gloria de Dios y el bienestar de su prójimo, buscará la paz de tal manera que puede compararse a una guerra santa. Oh, esto no de manera violenta, en absoluto, pero él no dejará que el pecado quede sin ser confrontado. Jesús está hablando de personas que hacen lo que su nombre indica: son pacificadores. Harán todo lo posible por promover la paz, asegurar la paz, y vivir en paz, si es posible, con todos los hombres, pero nunca sin confrontar los pecados que dañan la paz genuina, que la rompen, que la tensionan.

¿Qué es entonces la verdadera paz, o mejor dicho, qué es la paz bíblica? La paz bíblica, amigos, no es simplemente la ausencia de guerra, o no es solo la ausencia de discordia. Eso podemos hallarlo en la mayoría de nuestros vecindarios. Vivimos en barrios tranquilos y pacíficos. ¿Es esa la paz de la que habla Jesús? O puede que vivamos en una nación en paz entre sus ciudadanos. ¿Es esa la paz de la que habla Jesús? No. La paz bíblica es la condición de una armonía perfecta entre Dios y nosotros, y entre el hombre y todos sus semejantes a su alrededor—es armonía. Esta es la paz que existía en el universo antes de que el pecado desgarrara la unidad impecable y la armonía que existía entre todos los hombres y entre Dios y los hombres. Eso trajo separación, trajo quebrantamiento, desarmonía, destrucción. Aquel vecindario pacífico está lleno de separación, lleno de ruptura, lleno de desarmonía, lleno de destrucción. No hay paz.

No, esta armonía y esta relación estrecha entre Dios y los hombres, así como entre los hombres entre sí, pueden estar completamente ausentes aunque las personas vivan juntas en un vecindario amable, o en un entorno familiar grande o pequeño.

Así que los pacificadores de las bienaventuranzas son personas que están involucradas en una guerra espiritual contra todo lo que rompe la paz verdadera, que es el pecado, Satanás y todo lo que ellos hacen, todo lo que causa desarmonía, todo lo que produce separación. Ellos lucharán contra eso. Su meta no es más guerra, su meta no es más desarmonía, no es «yo tengo la razón y voy a ganar», esa no es su meta. Su meta es la paz en una armonía restaurada de amor con el prójimo, con los demás y sobre todo, con Dios su Creador. De modo que por pacificadores se entiende a aquellos que no solo buscan la paz y evitan las peleas en la medida de lo posible, sino aquellos que trabajan arduamente, que hacen todo lo necesario para resolver las diferencias entre otros y unirlos, que aconsejan a todos a vivir en paz y muestran cómo se debe hacer eso, y que eliminan toda ocasión de odio y de contienda. Esto es, en parte, una cita de Juan Calvino. Pero por encima de todo, los pacificadores son aquellos que procuran llevar a hombres y mujeres a Cristo, para hallar la verdadera paz espiritual que solo se encuentra en Él.

Así que debe ser claro ahora que un pacificador no lucha por sus propios derechos. El pacificador no busca venganza ni desquitarse. No lo hace ni siquiera cuando ha sido agraviado, ni siquiera cuando enfrenta injusticia, no está buscando reivindicarse. No, el hombre pacificador de Dios, el pacificador del tipo de Dios, es el que es manso —la tercera bienaventuranza—, él pondrá la otra mejilla ante el que lo ofendió en lugar de buscar venganza. Eso es lo que significa poner la otra mejilla, no me voy a vengar. Él no devolverá cada injusticia que se le haya hecho si eso ayuda a restaurar la paz.

El pacificador, como fruto del autoconocimiento —piensa en la primera y la segunda bienaventuranza— y en la dolorosa conciencia de su propio pecado personal y su indignidad, mientras a la vez saborea el amor de Dios y su bondad para con él; ese pacificador es manso, está dispuesto a amar y a ceder sus derechos para ganar el corazón del otro, aunque por supuesto, no ignorará el pecado. El pacificador es el que Jesús menciona más adelante en el capítulo. Es aquel que recorrerá una segunda milla después de haber sido forzado a recorrer la primera milla. ¿Por qué? Para así enviar un mensaje de amor y bondad frente a la injusticia, con el fin de hacer la paz y alcanzar una relación pacífica, y para guiar al otro a la paz de Dios. Los pacificadores son aquellos de quienes escribe Pablo, que amontonan ascuas de fuego sobre la cabeza de sus enemigos. Ascuas de fuego significa actos de amor; ellos procuran vencer el mal con el bien. Ese es el pacificador. En esa mentalidad y en esas acciones, ese pacificador se parece a su Dios y Padre, a su Señor y Maestro: «porque hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos» (Mateo 5:45).

Ahora, por último, el pacificador muestra una gran tolerancia hacia las faltas y fracasos de los demás. Es una persona que cubre una multitud de defectos, e incluso pecados cometidos por debilidad, por flaqueza, pecados que son cosas dichas o hechas de manera equivocada, pero que no fueron hechas con intención, sino que se hicieron por ignorancia o inmadurez de la persona, o simplemente por debilidad, él los cubre. Por tanto, el pacificador es pacífico, no es pendenciero, es afable como Jesús. Amigos, ¿pueden ver que si todos los cristianos vivieran así, cuán verdaderamente distinto sería nuestro mundo si estuviera habitado por estos pacificadores? ¡Cuán bendecido y cuán hermoso sería cada matrimonio, cada familia, cada familia eclesíástica, cada sociedad y ambiente laboral, si fuéramos pacificadores, donde todos fuéramos mansos

respecto a «mis propios derechos» y donde todos deseáramos honrar a Dios y sus derechos por encima de los de cualquier otro!

2. *La dignidad de los pacificadores*

Eso me lleva entonces a la segunda parte, *la dignidad de estos pacificadores*. Dice: «ellos serán llamados hijos de Dios». Los pacificadores serán conocidos —eso es lo que significa «llamados»— serán reconocidos, serán estimados, serán identificados, ese es el hijo que se parece a Dios. Eso es lo que significa. Esta promesa es al mismo tiempo una declaración de un privilegio inmensamente grande. Personalmente me considero muy privilegiado porque tuve un padre maravilloso, un padre piadoso que me reconoció como suyo, que me trató como a su hijo y que sacrificó todo por mí como su hijo. ¡Qué privilegio es ser reconocido por Dios como su hijo! Y todo hijo de Dios puede considerarse inmensamente privilegiado, porque serán llamados, serán reconocidos, serán cuidados como hijos del Padre celestial.

Nota que Jesús dijo que serán «llamados» hijos de Dios. Ahora, ¿por quién serán llamados hijos de Dios? No cuentes con que el mundo necesariamente te llame un hijo de Dios. Las personas del mundo pueden incluso rechazarte, despreciarte, o, como veremos en la última parte de estas bienaventuranzas, perseguirte. ¿Por qué es eso? Bueno, por varias razones, pero a veces tu piedad, tu ejemplo, simplemente les punza la conciencia. Así que no cuentes ni siquiera con que tu propia familia siempre te reconozcan como hijo de Dios. A veces los enemigos serán los de tu propia casa, tu propia familia. Aunque puedas ser verdaderamente un pacificador, una persona mansa, una persona amorosa entre ellos, pueden rechazarte como alborotador. Así que tenlo por cierto: serás llamado hijo de Dios por Dios mismo; Dios te reconoce como suyo y te llama su hijo. Aun si todo el mundo te rechaza, Él te reconoce como suyo. ¡Cuán dulce es el testimonio de que ese Espíritu de Dios «da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios! Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo», como señala Pablo en Romanos 8:16–17.

Con esa verdad de Romanos, acerca de ser heredero de Dios, hemos cerrado el círculo de las bienaventuranzas, porque noten cómo comenzó la primera: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Los privilegios de la gracia siempre traen consigo las obligaciones de la gratitud. Así que, por tanto, que todos los hijos de Dios se esfuercen por ser pacificadores bíblicos. Si eso está habitualmente ausente en nuestra vida, o si vivimos como personas pendencieras, críticas, arrogantes, orgullosas, sin perdón; o si podemos continuar viviendo con relaciones rotas sin haber intentado todo para hacer la paz; o si nuestra religión está llena de fricción y de discordia, mientras nos alimentamos de rumores, chismes o calumnias; entonces toda nuestra confesión de ser hijos de Dios es una falsedad. Thomas Watson, una vez más, en su libro sobre las bienaventuranzas, lo dijo bien: él dice, «Que los hombres dejen sus contiendas con sus prójimos, o dejen el manto de su profesión de ser cristianos».

Conclusión

Así que, en conclusión, amigos, al haber considerado estas siete bienaventuranzas, Jesús ha delineado en estas siete bienaventuranzas al alma nacida de nuevo y bienaventurada. Si no puedes negar que estas bienaventuranzas están presentes en tu corazón y en tu vida, aun si muy inmaduras, o muy débiles, incluso si solo son como los primeros destellos del amanecer, entonces por favor da gracias cada día al Padre que nos hizo aptos, idóneos, apropiados para ser participantes de la herencia de los santos en luz, porque es Él quien nos ha librado del poder de las tinieblas. La presencia de las tinieblas siempre estará allí hasta el final, pero el poder de las tinieblas está roto, y Él nos ha trasladado, o nos ha transferido, al reino de su amado Hijo.

Así que, ¿significa esto que el alma nacida de nuevo reflejará perfectamente este retrato en esta vida? La respuesta, tristemente, es no. Incluso los mejores hijos de Dios, los más avanzados, siguen siendo imperfectos en esta vida; no siempre serán consistentes en su misericordia, ni en su sinceridad, ni en sus esfuerzos para hacer la paz. No, tristemente, no siempre lamentarán sus pecados como deberían, no siempre serán tan mansos como para no luchar por su propio nombre o por sus propios derechos.

Así que esta realidad del remanente de pecado, que mora en nosotros, que muchas veces nubla el corazón y que incluso con frecuencia toma la delantera en tiempos de debilidad o de descuido, es lo que nos mantendrá humildes, lo que nos hará llorar. Eso nos mantendrá pobres en nuestras propias fuerzas, pero también nos mantendrá hambrientos y alimentándonos de la justicia provista en Jesucristo. Sobre todo, nos mantendrá alimentándonos. Seguirá alimentando el creciente anhelo por los nuevos cielos y la nueva tierra, en los cuales mora la justicia perfecta y la paz eterna.

Pero antes de que llegue ese día, debemos estar preparados para sobrellevar el costo de ser discípulos de Jesucristo. Ser un hombre bienaventurado cuesta. Ahora, ese costo es de lo que el Señor habla en las siguientes dos bienaventuranzas, que en cierto modo son una sola. Por eso agregué las dos declaraciones de los versículos 10, 11 y la conclusión del 12, que consideraremos en nuestra próxima y última entrega. Bien, gracias, y que el Señor te bendiga para ser de bendición.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la última bienaventuranza: «Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo».